

Nuestro Santo Patrón

El domingo pasado todos los componentes de la Asociación de la Prensa de esta ciudad festejamos a nuestro Patrón San Francisco de Sales. En realidad, y como ha sucedido cada año, hemos hecho coincidir nuestros actos patronímicos, nuestra devoción al Santo, en domingo, cuando el día recaído lo era en laboral. Porque nuestra condición de humildes no nos permite otra cosa. Pero sabemos muy bien que nuestro Patrón sabe comprender esta anomalía, hija de la humildad, como decimos antes.

Y con este norte y guía, se sucedieron los dos actos que, el domingo pasado, dieron fe de vida de estos redactores y colaboradores de nuestros periódicos locales. Una santa misa al mediodía, en honor del Santo, con asistencia de todos los asociados y en el transcurso de la cual nuestro Rvdo. Cura Párroco Arcipreste, Don José M.^a Cervera Berta, exaltó la figura de San Francisco de Sales como el escritor excelso por antonomasia de todos los tiempos, a quien nada pudo torcer su pluma del camino de la verdad y la paz.

A continuación, una recepción en el Ayuntamiento, que ya ha tomado carta de naturaleza en esta festividad, sirvió para escuchar de boca del Magnífico Sr. Alcalde palabras de aliento para los allí congregados en bien del periodismo local, que es decir en aras del buen nombre de la ciudad.

Una copa de vino español cerró aquel simpático acto en el transcurso del cual se departió sobre proyectos futuros que, precisamente, son aquellos que la prensa, en su día, habrá de dar a luz pública.

**SAN FELIU
DE GUIXOLS
3 FEBRERO 1955**

ANCOZA



LO SUPERFLUO

Cosa por demás interesante y aleccionadora a la vez, sería poder averiguar qué piensa cada uno de nosotros en su fuero interno de eso que, a veces hasta con un cierto tonillo despectivo, solemos llamar lo supérfluo, es decir, lo que, según cánones corrientes tarados de rigidez, resulta prácticamente innecesario.

La inaplazable acción de algunos verbos de positiva raíz, tales como, por ejemplo, comer, beber, vestirse, etc., no hay duda de que reclama, exige imperiosamente, la posesión de elementos indispensables que la hagan inmediatamente efectiva: alimentos, bebidas, vestidos. Esto es lo que comúnmente es conceptualizado necesario, imprescindible, es decir, aquello sin cuya apropiación, en mayor o menor grado, el hombre no puede subsistir.

Pero, junto a esto de tipo exclusivamente material y materializado, es evidente que existen otros bienes de un valor intrínseco desigual, pero espiritualmente muy elevado, cuya obtención es juzgada muchas veces cosa supérflua, no necesaria, que sobra y hasta estorba al no compaginar muy bien con el normal y serio proceder de las personas sensatas, equilibradas, de esa clase de personas de una pieza que todo lo ven y todo lo calibran y enjuician únicamente bajo el angosto prisma de la necesidad física de inmediata, y a veces grosera, satisfacción.

Eso es, pues, lo supérfluo. Lo que algunos, pocos, cada vez menos, buscamos y, cuando lo hallamos, que no es siempre ni mucho menos, agradecemos, aunque sólo sea por el aura pasajera de auténtica ilusión que su anhelada posesión nos proporciona.

Graves y ancestrales sentencias existen, es cierto, y también a ellas hay que atender, que sabiamente nos recomiendan prudencia y juicio para no caer en el vicio permanente de adquirir lo supérfluo mientras carezcamos de lo necesario. Pero, sobre resultar muy poco definida la divisoria entre ambos conceptos, seguramente formamos legión los que, no, claro, en todos los momentos de nuestro vivir corriente, pero sí en los instantes — raros ya éstos, por desgracia, puesto que lo bajo material, cada día apremia más — de ilusión, de ensueño, haríamos, gozosos, el trueque entre algo necesario y algo... sigamos diciendo supérfluo.

Los ejemplos son buenos para ilustrar mejor nuestros pensamientos. Pongamos uno: alguien, que indudablemente nos quiere bien, nos recuerda que hemos de invertir cierta suma de dinero — hoy casi un verdadero capital — en la adquisición de indumentaria. Es natural, se nos dice: «llegó el invierno»... «hay que defenderse del frío», etc. Pero... — pensamos inmediatamente nosotros — ¿dónde queda, entonces, aquella excursión de puro placer que tan gozosamente habíamos proyectado aprovechando la estratégica compli- cidad de uno de esos tentadores «puentes»

con los que hemos aprendido a neutralizar un poco la monótona tiranía de nuestra diaria tarea? O, ¿dónde la adquisición de aquella obra: libro, cuadro, escultura, o bien joya o simple capricho, que durante tanto tiempo fué nuestra dorada, escondida obsesión?

Y tantas otras cosas, en fin, agradables y necesarias a nuestro espíritu más que a nuestro cuerpo. ¿Renunciar? Sí, claro, esto es lo cuerdo situados ante los términos prácticos del dilema que se nos plantea. Ahí está, sigue clamando la gente sensata y terriblemente equilibrada, el recto y buen camino. Pero... ¿qué queréis? a nosotros, en este orden de cosas, nos gusta más el atajo, y hasta a veces, osados, optamos por el tentador «campo a traviesa», huyendo de todo vestigio de senda, sólo por lo que ésta puede tener, al fin, de sujeción a límite.

Y así reaccionando, y sintiendo, — se ve que somos incorregibles — acabamos a menudo decidiéndonos por lo supérfluo, dejando olvidado a un lado lo necesario y desafiando, estoicos, críticas y reconvenciones de todo orden. Es que, pensamos, después de todo, los sólidos cimientos de la Sociedad no van a peligrar por nuestra pequeña «rebel- día», puesto que, por muchos que seamos los amigos de lo supérfluo, habrá de superarnos siempre, en forma avasalladora, la riada de los exclusivamente dedicados a la consecución de lo necesario y útil. Y cuando ello es así, es que así debe ser mejor para todos.

Pero ¿veis? los niños, en estas cosas que con la ilusión tienen algo que ver, no engañan. La pasada fiesta de la Epifanía nos brindó una buena piedra de toque para aquilatar en nuestros pequeños la autenticidad y frescura de esta tendencia temperamental, cuyo suscito análisis estamos tratando de esbozar. Quisimos hacer la prueba y llamamos a capítulo, la víspera, al mayorcito, y colocándolo de pié entre nuestras rodillas y cogiéndolo por los brazos, le preguntamos, así a tiro hecho: —Vamos a ver, tú ¿qué es lo que prefieres que te traigan mañana Sus Majestades los Reyes Magos de Oriente? ¿unos zapatos o aquél aparatito de bakelita — ¿estereoscopio, es? — en el que, con sólo colocarle un pequeño disco metálico y apretar un resorte, se pueden admirar preciosas vistas en color y relieve naturales? Los ojos de nuestro retoño hablaron mucho más aprisa que los labios. No cabía la menor duda. Nuestro querido infante se había pasado, de un salto, al tentador bando de la ilusión, de lo supérfluo. ¡Bravo, pequeño! Quizá cuando seas mayor... — íbamos a decirle en frío lenguaje de sentido común — pero no, optamos por callarnos, darle un sonoro beso, y quedamos pensando que puede que no, que, después de todo, él lleva nuestra misma sangre y